

José Ramón Cruz Mundet

Breve historia de los documentos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: © National Film Board of Canada/Getty Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José Ramón Cruz Mundet, 2024
© Alianza Editorial, S. A., 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-814-3
Depósito legal: M. 15.874-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 13 La historia empieza en Sumer
- 55 Del barro a la nube
- 106 ¿Por qué necesitamos documentos?
- 136 El arca de las tres llaves: qué hace y cómo funciona un archivo
- 177 En busca del arca perdida: los tesoros documentales
- 237 *Fake* es falso
- 285 Del bit al *byte*
- 313 La verdad os hará libres
- 341 Bibliografía

Introducción

¡Y que conste en acta!

Cuántas veces habremos oído esta expresión a diputados, concejales, vecinos, en parlamentos, plenos y asambleas. Es muy probable que la hayamos pronunciado nosotros mismos en el fragor de una discusión, en exigencia de que las palabras pronunciadas fueran trasladadas literalmente para dejar constancia. Frente a lo dicho, que se lo lleva el viento o el olvido de la memoria, lo escrito permanece y nos da seguridad. Por eso mismo nuestros actos quedan registrados, el acta de nacimiento constata la llegada a este mundo, la de defunción, nuestra partida, y entre tanto las matrículas, los exámenes, las becas y las actas de calificaciones dejan constancia de la vida escolar, y los contratos de trabajo, de la laboral, y así en tantos otros aspectos del paso por este mundo que son indefectiblemente plasmados en documentos. Al igual que los individuos o más si cabe, las organizaciones de-

penden para casi todo de los documentos; al constituirse una asociación, una fundación o una sociedad, se fija en un acta fundacional. Las deliberaciones de sus órganos de gobierno se recogen en las actas; los ingresos y los gastos, en los libros de contabilidad; sus relaciones, en la correspondencia. Sus actividades se basan en procesos que se van documentando paso a paso, y como carecen de memoria y de conocimiento, una y otro se materializan en su archivo, que contiene la experiencia, los datos, la información, las pruebas.

Vivimos en un mundo archivodependiente, podríamos decir que nos pasamos el día colgados de un documento, sea el de identidad, el de conducir, la nómina, el correo, el último mensaje, la factura, el extracto de la cuenta, la garantía, el seguro, la multa de tráfico, el impuesto de circulación...; sin notarlos vivimos más pendientes de ellos que del menú o de nuestras relaciones; porque mientras que estos los elegimos o tenemos capacidad de decidir al respecto, lo que concluye por escrito no nos es dado elegirlo o influir demasiado; véase si no cualquiera de los ejemplos anteriores. Las administraciones, las empresas, en general las organizaciones tienen una dependencia aún mayor, porque los individuos disfrutamos de la facultad de decidir por nosotros mismos en muchos aspectos de la vida; es la capacidad de autodeterminación que nos asiste. Las organizaciones carecen de esa libertad, están obligadas a dar cuentas a sus miembros, asociados, accionistas, administrados...

¿Y cómo empezó todo, dónde está su origen? Esta es la primera pregunta que nos hicimos al plantearnos estas páginas y a la que tratamos de responder en el primer capítulo. Ahí podremos descubrir cómo las primitivas sociedades empezaron a tomar y a repartir, y a contar para controlarlo, de

donde surgen los primeros signos que representan productos y cantidades; de ahí a la escritura hubo un paso, que tardó en darse varios miles de años. Sucedió en Mesopotamia, donde surgen las primeras ciudades, concretamente en Sumer, su primera cultura, y la inventaron los burócratas.

¿Cómo se hacen los documentos? Es la duda que nos surgió enseguida. De las tablillas de barro a la nube de servidores informáticos, la humanidad ha ido creando sucesivas técnicas y soportes: el papiro, la madera, la piedra, el pergamino, el papel, y así hasta los medios digitales. ¿Por qué los creamos? ¿Para qué sirven? Es la cuestión a la que tratamos de responder en el tercer capítulo. Los documentos nos proporcionan datos, información, son medios de prueba, soporte de derechos y con el tiempo materia para la historia.

Tablillas, pergaminos, papeles, discos... ¿qué hacemos con ellos? Como los necesitamos durante un tiempo indeterminado, los documentos se organizan y se conservan en los archivos. ¿Qué son y cómo funcionan? Grandes, pequeños, llenos de papeles y digitales, son el objeto del siguiente capítulo, donde veremos que no son cuartos oscuros, ni siquiera depósitos modernos, sino mucho más.

Una vez que los hemos utilizado, cuando pierden su valor, solemos destruirlos, la mayoría no sigue adelante; sin embargo, hay algunos que guardamos con la intención de que permanezcan por siempre, sirvan de testimonio y sean la materia de la que está hecha la historia. Aquí nos detendremos en los tesoros documentales que hemos ido acumulando con los siglos, y veremos qué hace falta saber para extraerlos.

Ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras... cantábamos de niños en las excursiones escolares. Bulos, bolas, trolas y un sinfín de sinónimos que denotan esa capacidad

humana de decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa. También cabe hacerlo por escrito y da lugar a los falsos, que hunden sus raíces en la historia y llegan hasta hoy. Unas veces, las falsificaciones han tenido una intencionalidad torcida, si no directamente delictiva, la mayoría; pero también ha habido falsarios que han actuado para ayudar a sus semejantes en los malos momentos, y a evocar su memoria dedicaremos parte del sexto capítulo.

El reto tecnológico que la obsolescencia digital representa nos ha llevado a centrar la mirada en un tema que pide solución y no puede demorarse, porque en tal caso no quedará una gota del diluvio informativo en el que vivimos.

Los documentos se crean y se conservan como fuentes de información para quienes los producen, y también para quienes se ven afectados por ella o se sienten concernidos o, simplemente, quieren averiguar hechos, de ahora o del pasado. Es la libertad de información que asiste a los ciudadanos y forma parte de la tercera generación de los derechos humanos, difícil de ejercer en muchas ocasiones. Con ello concluimos este ensayo, haciendo un balance de cómo se resuelve en los países democráticos esa tensión entre el Estado y los ciudadanos, entre la inercia secretista y la necesidad de información obtenida en sus fuentes, y del importante papel que juegan los archivos.

Transcurridos cuarenta años de ejercicio, como profesional, docente e investigador, he querido compartir de la forma más amplia y divulgativa posible mi pasión por algo tan presente en nuestras vidas que pasa desapercibido. Nos los dan, los creamos, y nos valemos de ellos, son los fundamentos de la sociedad y los pilares de la historia. Los documentos y los archivos.

La historia empieza en Sumer

La historia empieza en Sumer...

La historia empieza en Sumer es el título del célebre libro de Samuel Noah Kramer, *History Begins at Sumer: Thirty-Nine «Firsts» in Recorded History* (1956), donde dibujó aspectos de la vida cotidiana de Sumeria, la primera cultura de la Antigüedad, a través de treinta y nueve documentos, tablillas de barro transcritas y comentadas. Así vamos conociendo cómo era la vida en los albores de la historia de la humanidad, que comienza con la aparición de los primeros asentamientos urbanos, en un inicio poblados, más tarde ciudades trazadas a base de edificios construidos para dar cobijo a personas, animales, cosechas, enseres...

Vamos a tratar de resumir, en unos pocos párrafos, las transformaciones experimentadas por las comunidades humanas asentadas en lo que conocemos como Próximo Oriente, en un lapso de cinco mil años, entre el 8000 y el

3000 a. C. aproximadamente. El mismo tiempo transcurrido entre los inicios de la Antigüedad y hoy, es decir, lo que conocemos como Historia.

Hubo un momento, hacia el año 8000 a. C., en que aquellas comunidades empezaron a dejar la caza, la pesca y la recolección, como formas de vida en trashumancia, para asentarse en parajes adecuados donde prosperar. A medida que desarrollaron técnicas de cultivo de plantas y de árboles se dedicaron a la agricultura, logrando cosechas regulares, más o menos abundantes, que les proporcionaron sustento y excedentes. Tras domesticar las especies animales más a propósito, se dedicaron también a la ganadería, de la que obtenían alimento, vestido y otras materias. Las cuevas y los abrigos naturales ya no valían para alojar a esos nuevos grupos grandes y sus actividades, ni siquiera las chozas de los campamentos fáciles de levantar en pos de la caza y del alimento. Por ello, las comunidades se ubicaron junto a las tierras de cultivo y los pastos, cerca de fuentes y cursos de agua; primero, en cabañas de madera y barro, que pronto se revelaron insuficientes, al menos para quienes desempeñaban actividades diferentes a las del campo. Por eso, tan necesario como producir alimentos era transformarlos, asegurar su conservación, su traslado, como también lo era fabricar aperos, herramientas, vestidos, calzado; a lo que se dedicaron alfareros, cesteros, tejedores, zapateros, sastres, metalúrgicos... Dentro de la localidad se desarrollaban actividades y prosperaban personas que preferían construcciones mayores, más sólidas y seguras, levantadas con materiales elaborados exprofeso, y por especialistas que garantizaran la continuidad de los edificios con el paso

del tiempo, fabricantes de adobes y ladrillos, canteros, albañiles, capataces... Y así es como las comunidades prosperan, crecen en número y diversidad.

Según crecían de tamaño, las sociedades se hacían más complejas, y en ellas ni todos hacían lo mismo ni valían por igual. Las actividades se diversificaron y con ellas los niveles de conocimiento, básico y repetitivo para la mayoría pero que en ocasiones requerían un saber experto, el que facultaba para un ejercicio profesional que, en función de su aprecio y de su demanda, procuraba la prosperidad de sus titulares. El arrojo personal, la capacidad de emprendimiento, los vínculos de todo tipo favorecieron el enriquecimiento de los menos y la aparición de propietarios de tierra, de ganado, de minas, de esclavos, mercaderes, banqueros y todas las combinaciones que pueden darse de la unión de varias de estas condiciones.

Conscientes de lo limitado de la existencia, de la incertidumbre que la rodea, los grupos humanos, desde la noche de los tiempos, vienen desarrollando creencias, formas de trascender y de mantener la esperanza de un más allá de la muerte. Primero revistiendo de dotes sobrenaturales a seres y objetos del entorno, como árboles, ríos y animales, unas veces, y otras a los astros más cercanos, como el sol, la luna y la misma tierra. Después, creando abstracciones derivadas de potencias y virtudes como la fuerza, el amor, la justicia... con representaciones humanizadas, y la condición de superiores, de sobrehumanos, a los que confiar las cuitas, invocar ayuda o protección ante lo que supera y está fuera del alcance de la fuerza humana. Los dioses, representados mediante una imaginación elaborada que permite ver lo que no es dado percibir

con los sentidos, requieren intérpretes pues no articulan palabra. Mediadores de lo inexistente, y por eso mismo imprescindibles para hacerlo comprensible, especializados por deidades, con sus jerarquías y desempeños diferenciados: sacerdotes, orantes, curanderos, arúspices...; y con sus asistentes, como recitadores, cantantes y bailarines. Deidades a las que se dedican grandes edificios, y se les obsequia con altares, imaginería y exvotos, elaborados con los materiales más preciados: oro, lapislázuli, marfil, esmeraldas... Al tiempo que se configuran como fuente de poder y de influencia sobre la comunidad, derivada de la conexión con los superiores intangibles. Y en algunas de esas sociedades, además del poder espiritual, será el templo, o el principal de ellos, el centro de poder terrenal al mismo tiempo.

La mayoría de las veces ambos poderes permanecieron separados, aunque en comunión estrecha. El terrenal procedía en origen del liderazgo del grupo, obtenido a base de facultades individuales, de capacidad de concitar, de atraer a los demás en torno a su persona, lo que, unido a ciertas dotes de audacia y astucia, permitía situarse en una posición indiscutida de preminencia. El mando facilita el control y hasta el monopolio de la violencia física, proporciona seguridad al grupo frente a amenazas reales y potenciales, permite administrar lo común, mediar entre partes y hacer justicia. Su ejercicio continuado favorece la prosperidad personal y la de los distinguidos por consanguineidad (familia), por utilidad (servidores) o por anuencia (aliados). En la cúspide se sitúa el rey, del que por delegación se distribuyen en sentido descendente: príncipes, generales, gobernadores, jueces, oficiales, ad-

ministradores... encargados de mantener el *statu quo*, la seguridad y el orden.

Y es así como en el transcurso de unos cinco mil años, parte de la humanidad deja de perseguir animales y de recoger los frutos que encuentra en su camino para subsistir, y se instala allí donde la tierra es fértil y abunda el agua. El escenario, una franja entre el Mediterráneo y el golfo Pérsico, conocida como Mesopotamia, atravesada por los ríos Tigris y Éufrates y sus redes de afluentes, cuya parte sur alumbró la civilización sumeria, tenida por primera.

... y la escritura la inventaron los burócratas

Los autores que han tratado de la historia de la escritura —nos referimos a los trabajos generales sobre la materia— han ofrecido la imagen de una realidad mundial que se ha dado por todas partes. De este modo se habla de la escritura en China, Japón, India y, en general, el Lejano Oriente. Igualmente, de las formas de expresión en América y sus civilizaciones en ambos subcontinentes, incluidos los indios del Norte. También en Europa, especialmente en el área de los Balcanes, Centroeuropa, península griega, e incluso la etrusca en la Itálica. Por supuesto, las escrituras surgidas en Mesopotamia, Egipto... De estos trabajos se puede concluir que la escritura ha simultaneado sus inicios en prácticamente todo el mundo e, incluso, se tiene la sensación de que algunos autores pugnan por ver quién eleva a la categoría de escritura signos gráficos vagos e imprecisos, aunque se desconozca si fueron hechos con esa finalidad y si alguna vez llegaron a ser entendidos como tales por sus propios coetáneos.

Una de las características esenciales de la escritura es que sus signos constituyan un código interpretado de forma indudable por parte de la sociedad en cuyo seno se ha creado y que, tras su aprendizaje, sea inteligible para otras ajenas, con independencia de que posean el suyo propio. Además, la escritura debe tener continuidad en el tiempo, equivalencia con otras con las que entre en contacto y trascender de ese modo, como un código comprensible, a la posteridad. Todo lo demás puede quedar en las categorías de símbolos intencionados e incluso de escrituras incomprensibles —véase el caso de la ibérica— y a todos los efectos incompletas, por el momento al menos.

Respecto de los distintos espacios escriturarios, el Lejano Oriente, el continente americano, el africano, el europeo, en el mejor de los casos, tuvieron un alcance local, muchas veces se limitaron a símbolos complementarios de manifestaciones aparentemente religiosas y en todo caso o no tuvieron intercambios o lo hicieron de forma imperceptible; y los que alcanzaron una expresión alfabética nos resultan aún ignotos y sin equivalencias (íbero y etrusco). Nos referimos a los orígenes de la escritura, no a manifestaciones posteriores, desarrolladas e históricas de la misma.

A diferencia de todos ellos, sí hubo un espacio y un tiempo en los que la escritura, por vez primera en la historia, se inició, evolucionó, diversificó y se mantuvo continua. Y todo sucedió en Mesopotamia, una región que se extiende por parte de los actuales territorios de Siria, Irak, Irán y Turquía. La etimología de la voz griega «Mesopotamia» es ‘entre ríos’, por referencia a los cauces del Tigris y el Éufrates que atraviesan la región desde su nacimiento en las

montañas del sur de Turquía hasta su desembocadura en el golfo Pérsico. Es aquí donde aparecieron los primeros núcleos urbanos, también conocidos como ciudades-Estado en referencia a su condición originaria de entidades independientes. Con el transcurso del tiempo unas incorporaron a otras por la fuerza de las armas, por federación de intereses o de etnias y constituyeron reinos e imperios, que a su vez se aliaron y enfrentaron en una sucesión imparable: sumerios, acadios, babilonios, persas, hititas, casitas, principalmente.

Conocidos en conjunto como los primeros Estados, se desarrollaron en un lapso de tiempo comprendido entre el año 3000 y el 330 a. C. entre el reinado de Mebaragesi, primer rey sumerio del que se tiene noticia, y la caída del Imperio Persa en tiempos de Darío III a manos de Alejandro Magno:

Este desarrollo comenzó a principios del tercer milenio, cuando los sumerios irrumpieron en la historia y fundaron grandes centros culturales como Uruk, Ur, Kish y Lagash. El dominio sumerio se derrumbó primero cuando las tribus semíticas de Akkad aparecieron en escena bajo el liderazgo de Sargón I (alrededor de 2475 a. C.), y cayó definitivamente —después de un corto período de renacimiento sumerio, la era neo-sumeria— cuando Hammurabi (ca. 1792 -1750 a. C.), un genio político y militar de primer orden, estableció la hegemonía de Babilonia. Éste, el período de la Antigua Babilonia, fue seguido por el gobierno de los invasores casitas y por el de los mitanis en el noroeste, una era llamada Edad Media. Entonces, en el siglo XIV a. C. toda Asia occidental comenzó a caer en manos de los asirios, quienes avanzaron sistemáticamente desde sus

núcleos originales en Assur, Calah (ahora Nimrod) y Nínive hasta el Mediterráneo, y bajo Asurbanipal (668-626 a. C.) hasta el Alto Egipto. Pero el dominio asirio tampoco estaba destinado a durar. En 612 a. C. Babilonia triunfó una vez más, hasta que finalmente los aqueménidas de Persia —Ciro y su hijo Cambises— conquistaron toda Asia Menor, Babilonia y Egipto, y Darío (521-485 a. C.) creó su gigantesco imperio (Posner, 2003, 25).

¿Cómo se creó la escritura en estos tiempos primigenios? ¿Es posible saberlo con precisión? Para tratar de responder estas preguntas vamos a seguir a la profesora Denise Schmandt-Besserat (1996), probablemente la mayor experta en la materia y autora de una completa y verosímil teoría al respecto, basada en evidencias arqueológicas. Los primeros signos gráficos se remontan al Paleolítico: se trata de unos huesos con muescas que parecen constituir una forma de contar el tiempo, pero que no tuvieron continuidad y quedaron para siempre en las brumas de la Prehistoria (Schmandt-Besserat, 1979). Uno de los más famosos es el hueso de Ishango, el peroné de un babuino con un fragmento puntiagudo de cuarzo en su extremo superior, que apareció en 1960 en el transcurso de unas excavaciones junto a las fuentes del Nilo. Datado hacia el 20000 a. C., muestra una serie de muescas distribuidas en tres columnas longitudinales. Para unos expertos se trata de un sistema de conteo, para otros implica un cierto conocimiento matemático por la distribución de las muescas, y los hay que lo consideran una suerte de calendario lunar (González y otros, 2010; León, 2018).

Parece que los inicios se produjeron en ese espacio de tiempo impreciso entre las comunidades recolectoras-cazadoras, tribus de cierta entidad numérica, y las sedentarias, entre el 12000 y el 8000 antes de nuestra era. Muy probablemente están ligados a la organización de los rituales de las festividades. Las fiestas constituyen una característica importante de las sociedades primitivas porque combinan diferentes resortes culturales. Son religiosas, lo que les transmite solemnidad y el carácter de obligatorias. Son sociales y fortalecen los vínculos entre individuos del grupo y pueden llegar a incluir a otros grupos vecinos. Son económicas, porque implican el consumo de grandes cantidades de alimentos, lo que incita a su producción, acopio y distribución. También tienen un aspecto político, porque confieren prestigio y poder al liderazgo. Dirigir, organizar e inaugurar los ceremoniales rituales es privilegio de los líderes desde las sociedades primitivas.

La organización de las festividades, sobre todo cuando se daban a nivel regional y suponían la participación de distintos grupos humanos, implicaba una logística basada en la contribución diferenciada de especies (alimentos, bebidas, materiales...), una planificación en el tiempo, la centralización de las decisiones y de la coordinación; en definitiva, compromisos que no podían dejarse al albur de la memoria y reclamaban formas estables de registro. Es así como empezaron a utilizarse unas figurillas de barro cocido, pequeñas fichas: esferas, discos, conos, tetraedros, óvalos, cilindros, triángulos, rectángulos, taus y cabezas de animales. Las formas eran abstractas excepto el cono rematado por una cabeza de animal. Solo la T era compuesta y exigía unir un vástago y un travesaño. Cada una representaba especies y productos:

La aparición de los primeros contadores, en forma de fichas de arcilla, coincide en el tiempo y el espacio con las primeras manifestaciones de la vida sedentaria y la agricultura en el suroeste de Asia. Por lo tanto, no cabe duda de que la necesidad de registrar estaba relacionada con aspectos de la adaptación humana a la producción de alimentos en esa región. La incipiente economía de la redistribución por medio del ritual aparece como un estímulo plausible para iniciar el registro. La preparación de fiestas, que requiere la agrupación de grandes cantidades de alimentos, puede haber representado una motivación convincente para la productividad del grupo y explica la función económica intrínseca de los contadores. La diversidad de productos consumidos en un banquete proporciona una lógica explicación de la complejidad del sistema en sus inicios. El simbolismo de las fichas tenía que ser compartido por todos los miembros de la comunidad y la necesidad de comunicación intergrupala puede explicar una rápida propagación de la idea de registrar de un grupo a otro. Finalmente, el surgimiento de una organización de toma de decisiones suprafamiliar, que acompañó el almacenamiento comunitario de alimentos y el crecimiento de la población, proporcionó la autoridad necesaria para implementar un sistema de registro (Schmandt-Besserat, 1982).

El reducido tamaño de estas piezas, como la incompreensión de su utilidad, hicieron que durante mucho tiempo pasaran desapercibidas en las excavaciones, y que fueran marginadas en las colecciones de los museos como objetos inconexos. En realidad, cada una poseía un significado distinto; así, un cono representaba una medida pequeña de grano, y una esfera, representaba una medida grande de gra-

no. Su simplicidad no puede ocultarnos su valor como primer código creado con la sola intención de comunicar.

Cuatro milenios después, las fichas evolucionaron hacia un sistema contable más complejo compuesto de unas 300 formas diferentes, algunas con agujeros, incisiones y otras marcas que representan muchos tipos de productos, tanto materias primas (áridos, ganado, metales...) como elaborados (comidas, textiles, útiles...). Hacia el 3500 a. C. administradores y comerciantes de las ciudades-Estado de Mesopotamia comenzaron a colocar fichas en envoltorios para mantenerlas agrupadas y a prueba de manipulaciones. Eran unas bolas de arcilla huecas del tamaño de una pelota de tenis donde se introducían las fichas. En los casos de transacciones comerciales, se marcaban por fuera con las impresiones de las fichas que contenían para saber su número sin necesidad de abrirlas; una vez cerradas, se marcaban con los sellos de los intervinientes, de modo que en destino se podía comprobar si la mercancía recibida coincidía con la manifestada por el emisor. Este fue el primer paso hacia la escritura, los símbolos tridimensionales eran representados mediante signos bidimensionales.

Hacia el 3300 a. C. se produjo una simplificación sustancial de este sistema. En lugar de poner fichas dentro de los envoltorios, los registradores hicieron impresiones con ellas sobre bolas de arcilla aplanadas. Así se crearon las primeras tablillas, que no eran planas, como tiende a pensarse, sino convexas como resultado del aplastamiento, y de un tamaño pequeño, inferior a la palma de la mano. Así es como se pasó de las fichas tridimensionales a los signos escritos, incisos sobre la arcilla blanda para representar bie-

nes o productos en una relación de uno a uno. Tres medidas pequeñas de grano seguían representándose mediante tres impresiones de cono.

Dos siglos después, los contables, en lugar de impresionar las fichas, empezaron a utilizar punzones o estilos (de hueso, caña, madera, metal o marfil) para dibujarlas sobre la superficie de las tablillas, pero ya no de una en una, sino empleando una abstracción, los números, que representaban la cantidad de cualquier objeto; para ello emplearon signos antiguos a los que dieron un significado nuevo. Por ejemplo, el cono que representaba una medida pequeña de grano pasaba a significar 1, y la esfera, que representaba una medida grande de grano, pasó a significar 10. Ahora para expresar diez tinajas de aceite (representadas por un signo ovoide) se precedía con una esfera, y 33 tinajas de aceite se representaban como $10+10+10+1+1+1$ y aceite, en lugar de 33 veces aceite (Schmandt-Besserat, 1998).

También las marcas dejaron de ser meras representaciones de fichas para convertirse en signos independientes que representaban granos, ovejas, aceite o alfombras. Los primitivos escribas sumerios empleaban no menos de 1.500 signos, la mayor parte ideogramas enteramente abstractos, algunos de los cuales aún nos son desconocidos (Schmandt-Besserat, 1978). El conjunto de textos más antiguo del que se tiene noticia, unas cuatro mil tablillas desenterradas en la mítica ciudad sumeria de Uruk, cubre alrededor de dos siglos y contiene las primeras etapas de la evolución paleográfica de la escritura cuneiforme. La comparación con grafemas cuneiformes de épocas históricas posteriores ha permitido descifrar alrededor del 75 %

de esos signos del periodo arcaico temprano (Green, 1998, 47). El nombre de esta escritura (cuneiforme) deriva de la forma de cuña que tienen los rasgos con los que se componían los signos gráficos.

A partir de entonces, los símbolos que representaban números y los que representaban objetos siguieron caminos separados:

Para finales del cuarto milenio a. C. los nombres de las personas que dieron o recibieron bienes comenzaron a ser enumerados en inventarios. Esto significa que se idearon signos que representaban sonidos, es decir el nombre de la persona tal y como se pronunciaba en lengua sumeria. Estos nuevos signos o fonogramas eran bocetos de cosas fáciles de dibujar que representaban la palabra que evocaban. La figura de un hombre representaba el sonido «lu» y la de una boca el sonido «ka», que eran las palabras para hombre y boca en sumerio... Con la invención de los fonogramas la escritura se conectó con los sonidos del habla.

En el 2800 a. C. la escritura todavía se ocupa exclusivamente de la contabilidad. Los textos enumeraban mercancías recibidas o dispensadas por la administración estatal, estipulaban donaciones de tierras o recopilaban signos (una especie de diccionarios) para ayuda de los escribas. Pero entonces se produjo un desarrollo extraordinario entre el 2700 y el 2600 a. C. en la corte de los reyes sumerios de Ur. Los escribas reales comenzaron a escribir sobre objetos de oro, plata y lapislázuli destinados a ser depositados en las tumbas. Las inscripciones consistían en nombres de personas —«Meskalamdug»— grabados en un cuenco de oro, o el nombre más el título —«Puabi, reina»— en un sello de lapislázuli.